

El paso de Eliseo

Rafael Rojas

En una sala del barrio de Polanco tiene Lichi una foto de su padre, en la que el poeta camina por alguna calle habanera. Al fondo, una balastrada derruida, como esas que abundan en los jardines del Vedado. Sobre la acera, Eliseo Diego de perfil, guayabera blanca, pantalón y zapatos oscuros, avanza lentamente. La estática de la foto permite advertir, en el ritmo de la piel, que su paso es largo y pausado. La zancada forma con el tronco del cuerpo una \vee invertida, una horqueta como esas que los niños cortan en las ramas de los árboles para armar sus tirapiédras. El sol ilumina apenas los dedos delgados y la barba cana del poeta. Entre la hierba y la balastrada, una sombra.

Paso es el paso de Eliseo Diego por la poesía cubana e hispanoamericana. Difícil encontrar un poeta más respetuoso de su andar a lo largo de una escritura de medio siglo. ¿Cuál es el secreto de tal permanencia en el estilo, de semejante apego a dos o tres misterios? Como Reyes o Borges, Eliseo Diego hizo girar su poesía en torno a unas cuantas obsesiones; aquellas que, ante sus ojos, resumían la condición humana: el tiempo y la memoria, el espacio y la ciudad, los animales y las cosas, la vida y la muerte. Al modo de los alquimistas medievales y de los naturalistas ilustrados, el poeta congeló en su mirada la experiencia de esas entidades, para luego evocarlas con imágenes nítidas y relatos transparentes: ficciones insólitas que en la lectura resultan demasiado familiares, casi entrañables.

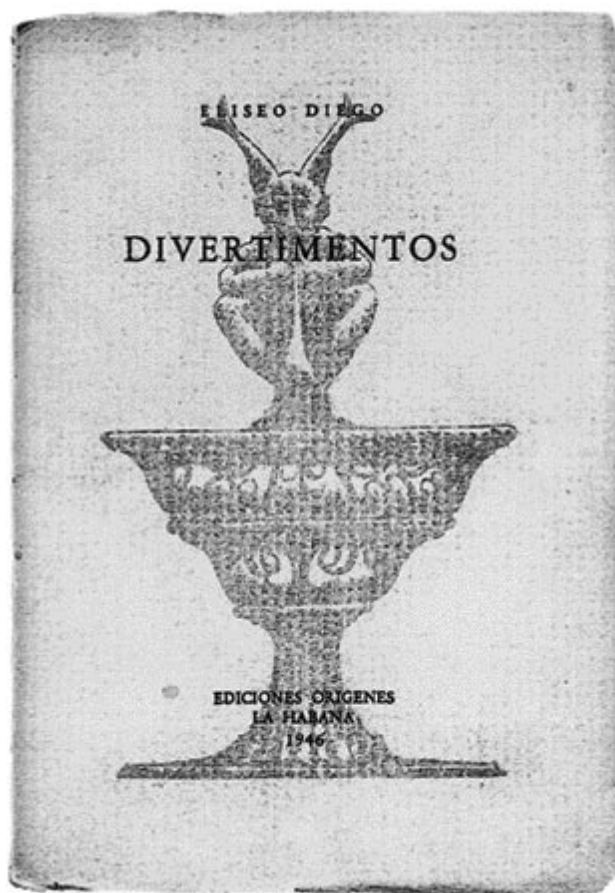
Desde *En la calzada de Jesús del Monte* (1949)

hasta *Cuatro de oros* (1991), el poeta concentró su mirada en los pequeños misterios de este mundo. Sus ojos mantuvieron vivo el asombro primordial ante la naturaleza y la historia, el amor y la muerte. El silencio, la desolación de estos continentes metafísicos le suscitaron un impulso discursivo que transformaba el verbo poético en una operación develadora de lo invisible. En ese afán, una calle, un espejo, una vasija, un pez, una tela, un lunes, una baraja... eran suficientes para convocar la fascinación del poeta y desglosarla en versos que no aspiraban a resolver el enigma, sino a proyectarlo sobre otros paisajes ocultos. Eliseo Diego contempló poéticamente el universo como aquel Neil Armstrong que, en su "Oda a la contemplación de la Tierra", atisba el planeta azul desde las cenizas de la Luna:

Desde la roca de la desolación
por fin ha visto el hombre a su madre.
Velada en un velo viviente,
la frágil, la prodigiosa criatura,
la danzarina del abismo,
la que oculta en su seno maravillas.
Desde la roca de la desolación.
Velada en un velo viviente.

Eliseo dio fe de su poética de una manera pausada, acumulativa. Su primer cuaderno, *En la calzada de Jesús del Monte*, que lo colocó de cuerpo entero en la historia de la lírica cubana, exploraba los rincones de la memoria republicana, del

Este texto es el prólogo a la *Poesía Completa* de Eliseo Diego, que publicarán próximamente el Fondo de Cultura Económica y D.G.E. Ediciones. En la página anterior y de izquierda a derecha aparecen Eliseo Diego, Bella García Marruz, Fina García Marruz y Cintio Vitier en La Habana.



Portada de la primera edición, con ilustración de Diago

recuerdo cívico, tamizado por la melancolía cotidiana y la evocación doméstica. Aquel libro se iniciaba con poemas que testificaron una punzante inquietud por la identidad histórica, por el *¿quién soy?*: “cómo pesa mi nombre, qué maciza paciencia para jugar sus días...”; “dicen que soy reciente, de ayer mismo, que nada tengo en qué pensar...”. Sin embargo, a medida que avanzaba, el poemario logró sutiles afirmaciones del sujeto por medio de una reminiscencia múltiple en la que rotaban lugares, escenas y personajes del barrio: columnas y portales, la iglesia y la casa, el jugador y el comerciante, el ómnibus y el tranvía. Al final, el monstruo de la cotidianidad pareció apaciguarse en ese “sitio en que tan bien se está”: “...donde gustamos las costumbres, las distracciones y demoras de la suerte”.

El segundo libro de poemas, *Por los extraños pueblos* (1958), fue, en buena medida, una prolongación de la lírica expuesta en el primero. Otra

vez, la memoria flotando sobre el espacio y el tiempo de la domesticidad. Otra vez, las telas y los trenes, el domingo y la fiesta, la familia y el circo, la iglesia y el espejo. Sólo que ahora, aquel malestar histórico que asomaba en los primeros poemas de *En la calzada...* latía suavemente, casi imperceptible, en una nostalgia por el esplendor criollo de la provincia habanera. Nostalgia de los “trenes, llenos de fama y poder, cuya elocuencia fue ayer la gloria de los andenes”, de los ancianos memoriosos que pelearon por la independencia y fundaron la República (los que “quisieron resguardar en la cañada, en la ruda tiniebla del país, la pobreza radiante de la guerra”), de “las fiestas que solían iluminar los hondos corredores en que las buenas tardes se cumplían”, del “perdido reloj con las bestias heráldicas”. Los versos finales de aquel cuaderno, que nos invitaba a “pasear por los extraños pueblos” y a tocar la “real belleza de las cosas”, resumían el lamento de un paseante solitario en las afueras de La Habana:

Es así que ahora todo nos falta. Si alguien nos ofreciera un poco de café nos salváramos

porque la casa deshabitada es adusta como la justicia del fin

y el viento que pasa por los altos no es sino el viento, las estancias no son más que las estancias de la casa vacía

y es como si no hubiese venido nadie, como si nadie mirase los recintos del hombre, bajo los astros.

El oscuro esplendor (1966) levanta un puente o, más bien, una espiral en la poesía de Eliseo Diego. La memoria ha dejado de ser el campo primordial del discurso y el poeta se aventura en un diálogo cara a cara con su entorno. La *anamnesis* o reminiscencia de Platón ha sido abandonada por el *bezug* de Heidegger, esto es, la percepción no meramente sensorial, sino aquella que funda relaciones de sentido entre el sujeto y la realidad. Predomina la versificación en tiempo presente y en tercera persona del singular: “Juega el niño con unas pocas piedras inocentes...”; “Es un Rey, una giba de púrpura, una bestia de garra suave...”; “En fin, ella es la dueña de las ruinas...”; “Yo te pregunto, señora del lino y del laúd salvaje...”. Sin duda,

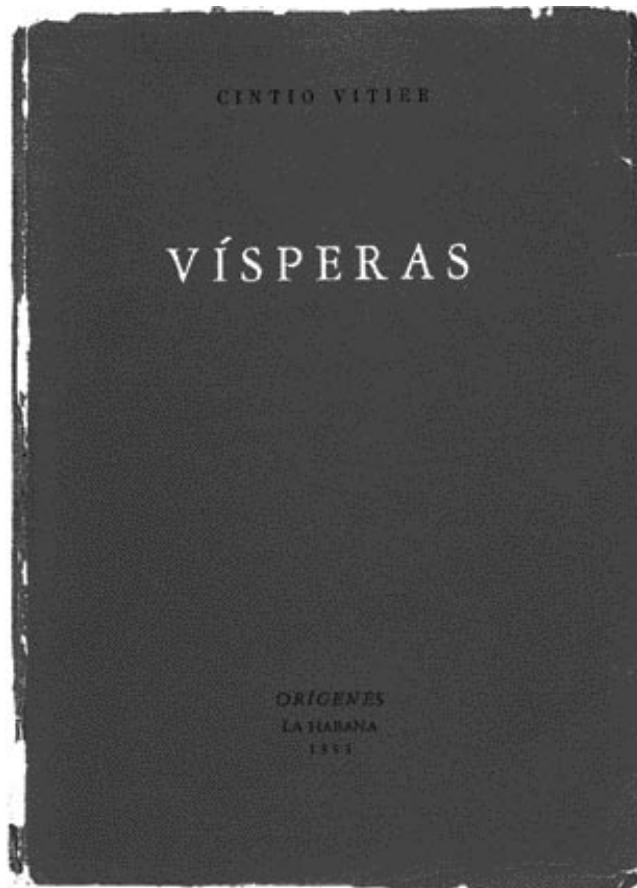
un ajuste del verbo a la experiencia del mundo bajo su forma de mayor actualidad.

Aquel poemario se abría con un exergo del *Génesis* que da cuenta de la expulsión de Adán del Paraíso. El “oscuro esplendor” alude, precisamente, a una constatación de madurez en el cuerpo y el alma del poeta que lo prepara para atisbar el edén perdido de la infancia y asumir la virtualidad de la muerte: “sin quererlo/ el niño distraídamente solitario empuja/ la domada furia de las cosas, olvidando/ el oscuro esplendor que me ciega y él desdeña”. No en balde la niñez y la muerte son dos motivos recurrentes del libro: el niño dorado, miedoso, de “rápidas manos”, y la muerte, siempre cercana, a la que nunca le vemos la cara. Pero la peor de las muertes, replica el poeta, no es la del paraíso perdido de la infancia sino la muerte del “dios pequeño”: el “de la mesa, los murmullos, las mañanas y los pórticos”, el dios de los “tesoros”:

Un laúd, un bastón,
unas monedas,
un ánfora, un abrigo,

una espada, un baúl,
unas hebillas,
un caracol, un lienzo,
una pelota.

El poema “Tesoros” parece tender la mano al siguiente cuaderno: *Versiones* (1967). Si en *El oscuro esplendor* la composición poética giraba en torno a figuras o emblemas (la Señora de Florencia, el Hijo Prudente, la Vieja en el Bosque, el Gato Real, un Viejo Caballero, el Payaso, la Anciana en la Escalera...), en *Versiones* se iluminan los rincones y las cosas: la escalera y el taller, la penumbra y el gallo, las sillas rotas y los avisos, el puente y la cigüeña, las guitarras y los cangrejos. La mirada del poeta alcanza, aquí, su máxima diversificación: una multiplicidad pictórica que se despliega por medio del esbozo de animales, objetos e instantes. Sólo que, como en la monadología de Leibniz, esta fragmentación poética, reveladora de la diversidad del mundo, no logra ocultar el subsuelo vacío, la oquedad metafísica que sólo puede ser ocupada por Dios o por la muerte. El poema que da título a este cuaderno, el más físico y, a la vez, el más metafísico de cuantos escribió Eliseo Diego, es ilustrativo de las paradojas de la diversidad: “la muerte es esa pequeña jarra, con flores pintadas a



Portada de la primera edición

mano, que hay en todas las casas y que uno jamás se detiene a ver...”.

La poesía de Diego fue siempre un ejercicio de domesticación del horror, una búsqueda de familiaridad con el ocaso. De ahí su certidumbre lírica de que el lapso vital no era más que el “filo de una lámpara” que se interpone “entre la dicha y la tiniebla”. A ello se debe que, aunque la muerte sea un tópico inexorable, como se plasma en algunos de sus mejores poemas (“Versiones”, “Testamento”, “Entre la dicha y la tiniebla”, “Después de todo”...), su presencia en el poema es siempre sutil, incorporada a una trama piadosa, enternecedora. La cercanía del abismo es una sensación que recorre la lírica de Eliseo Diego sin que jamás un solo verso propicie una alegoría del espanto o una invitación a la queja de los mortales. Sobre esa cuerda floja, tendida entre la dicha y la tiniebla, camina la poética del autor de *Versiones*.

En ningún otro cuaderno, como en *Muestrario*



Octavio Smith, Agustín Pi, Eliseo, Bella, Fina, Cintio, Sergio García Marruz y Cleve Solís, en el cumpleaños 60 de Eliseo Diego

del mundo o libro de las maravillas de Boloña (1968), se plasma esta metafísica soterrada. El tema del libro no es la imprenta o la tipografía, sino la diversidad del mundo o, más bien, la escritura como testimonio del misterio de la variedad de las cosas. Con traducciones poéticas de las viñetas de José Severino Boloña, impresor cubano del siglo XIX, Eliseo Diego compuso un “muestrario” en el que se daban la mano las cuatro estaciones del año, los doce signos del zodiaco, escenas y lugares de la ciudad de La Habana y varias “láminas de cada clase”: un carretero y una sierpe, el peregrino y la espera, el heraldo y la joven, los oficios y las suertes. Aquellas imágenes que el ojo del impresor fijó en cada viñeta parecían animarse y entrar en movimiento a través de las palabras del poeta. Todo un juego de transcripción lírica, atento a los detalles del emblema, que recuerda las *Memorias de cocina y bodega* y, en especial, la *Minuta* de Alfonso Reyes.

En *Muestrario*, Eliseo Diego se internó en una zona no sólo afín a Reyes, sino también a Jorge Luis Borges. Me refiero a la obsesión por las “ruinas circulares”, por aquellos espacios mínimos o rituales breves, como un barrio o un circo, en los que cabe la inmensidad del mundo. Una fascinación

compartida por los pequeños misterios que, en los tres casos, Reyes, Borges y Diego, se libera a través de una escritura tersa, bruñida, nítida como la miniatura divina que oculta el más enrevesado enigma. No por azar, los tres, Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges y Eliseo Diego, se colocaron en las antípodas del barroquismo latinoamericano y, desde allí, exhibieron las virtudes de una expresión clásica. En Reyes, ese clasicismo tal vez provino de su afición por la cultura helénica. En Borges y Diego por una formación del estilo al calor de ciertas lecturas anglosajonas que, sumadas a una destilación de lo hispánico en favor de Quevedo, otorgaron a sus poéticas una transparencia envidiable.

La hospitalidad de la poesía de Eliseo está en deuda con la iniciación de su escritura en la prosa. Como se sabe, los primeros libros del poeta fueron ejercicios de lírica narrativa —más que de una supuesta “prosa poética” que es mero pleonismo— en los que aquellos motivos recurrentes de la memoria, el tiempo, la domesticidad y el horror se adherían a las fugitivas ficciones de *En las oscuras manos del olvido* (1942) y *Divertimentos* (1946). Una vieja conferencia del poeta en el Lyceum de La Habana, “Esta tarde nos hemos reunido” (1959),

y otra más recordable en la Biblioteca Nacional de Cuba, “A través de mi espejo” (1970), nos advierten sobre la marca de los genios tutelares anglosajones —Johnson, Swinburne, Dickens, Chesterton, Lewis...— y reiteran la misma objeción a una máxima de Archibald McLeish: “un poema no debe significar, sino ser”. A lo que replica Diego: “el poema debe significar con su ser” o, en clara reverencia a la narrativa, “la poesía es también drama y discurso”.

Tuvo tiempo el poeta de rendir más franco homenaje a sus lecturas inglesas en aquel hermoso libro, *Conversación con los difuntos* (1991), editado en México por Diego García Elío, que recogió traducciones de Marwell, Browning, Kipling, La Mare, Yeats y Hughes. O en sus ensayos, tan intuitivos y cómplices, sobre William Faulkner y Virginia Woolf. Pero la sombra de aquella escritura discursiva y dramática, narrativa y lírica, traspasó la madurez del poeta, cumplida en *Muestario*, y cristalizó en un nuevo volumen diez años después: *Los días de tu vida* (1977). Aquí el tejido de la fábula se hizo tan visible que simulaba tocar la Historia, como se palpa en “El hambre de este mundo”, “Arqueología”, “Pequeña historia de Cuba” o “Cristóbal Colón inventa el Nuevo Mundo”. Por momentos, los versos más elegíacos de aquellos poemas ya ni siquiera rozaban la ficción, sino adquirían el tono de los sabios parlamentos sobre el devenir humano. Este abordaje de la Historia y de su mecánica primigenia, el Tiempo, devolvió al poeta la visión de la muerte. Si en el poema “Imaginemos un tiempo”, Eliseo se autopercibía en la lejana eternidad, ya en su inmortal “Testamento” aseguraba un legado singular:

Habiendo llegado al tiempo en que
la penumbra ya no me consuela más
y me apocan los presagios pequeños;
[...]
decido hacer mi testamento
Es
éste: les dejo
el tiempo, todo el tiempo.

El otro universo que acentuó el sentido de la fábula en la poesía de Eliseo Diego fue la literatura infantil. Hans Christian Andersen y los hermanos Grimm fueron compañías vitales del poeta. En el primero, Eliseo valoró el secreto del “mirar aten-



Eliseo Diego en su estudio en La Habana

to”, esa facultad que él mismo ejerció a lo largo y ancho de su propia poesía. En los segundos, admiró el traslado de los mitos y leyendas de la cultura popular germánica a la cadencia y el lenguaje de la narrativa para niños. La infancia fue, sin duda, uno de los grandes temas de la literatura de Eliseo Diego, lo cual se percibe no sólo en algunos de los mejores poemas de *El oscuro esplendor* o en un ensayo como “Los cuentos y la imaginación infantil”, sino en su propio experimento de poesía para niños: *Soñar despierto* (1988). Su abordaje de la figura del niño estaba, sin embargo, desprovisto de cualquier extrañamiento psicológico y respondía, más bien, a una noble curiosidad por la convivencia entre imaginación y fábula en la mente de esa pequeña criatura.

La escritora Josefina de Diego, hija del poeta, ha dicho, con razón, que los libros de su padre “poseen una unidad especial”, en los que “por insondables razones son unos y no otros los poemas que deben integrarlos”. El propio Eliseo así lo consignó al principio de su poemario póstumo, *Poemas al margen* (2000): “toda mi vida he pensado que cada verso contribuye a la significación total del poema, y que cada poema desempeña una fun-

ción similar en el conjunto del libro". Esta idea integradora de la composición poética, que en Eliseo Diego estuvo favorecida por una permeabilidad entre lo narrativo y lo lírico, se volvió un desafío para el poeta en su madurez. Hasta *Los días de tu vida* la poética del autor se había ramificado en múltiples direcciones, abriendo campos de significación entre el paisaje y la historia, la ciudad y el mundo. Aquella pelea juvenil contra la amnesia, cifrada por los versos de Quevedo: "apenas se defiende la memoria/ de las oscuras manos del olvido", se revelaba ahora, en toda su acumulación de imágenes y nociones, como una plenitud del recuerdo.

Los tres últimos cuadernos de Eliseo Diego, *A través de mi espejo* (1981), *Inventario de asombros* (1982) y *Cuatro de oros* (1991), describen el empeño de mantener la vitalidad de un estilo colmado, nutrido por la rememoración y el sosiego. En ese henchimiento, el poeta encontró el tono propicio para recorrer los pasos de su poesía, concediendo a cada poemario un aliento único, distinguible. En el primero de aquellos tres cuadernos de madurez, *A través de mi espejo*, Eliseo invocó a Lewis Carroll para esbozar su autorretrato, en primera persona, rodeado de gatos y circos, elefantes y caballos, François Villon y John Keats. En el segundo, *Inventario de asombros*, la poesía de Diego se atrevió a incorporar los giros coloquiales de la literatura contemporánea, emitiendo una voz íntima, segura, como de quien alcanza la beatitud al sentir el milagro de la correspondencia universal: "todo se corresponde como adrede:/ la infancia con el alba, el mediodía/ con el joven fulgor de la alegría/ y la tarde con cuanto cae o cede". Finalmente, el riguroso libro *Cuatro de oros*, de entonación castiza, vino a cerrar el ciclo de esta fecunda poética con regresos a la delicada filosofía de

El oscuro esplendor y *Versiones*. En este viaje a la semilla, los días y las estaciones, las horas y los ocasos devolvieron el reino de ese extraño personaje que interrogó, de principio a fin, la poesía de Eliseo Diego: el Tiempo.

La eternidad por fin comienza un lunes
y el día siguiente apenas tiene nombre
y el otro es el oscuro, el abolido.
Y en él se apagan todos los murmullos
y aquel rostro que amábamos se esfuma
y en vano es ya la espera, nadie viene.

Leamos una vez más estos versos y sintamos en nuestros ojos el soplo de aquella voz, tierna y ahogada, de Eliseo Diego. Leamos de nuevo esa mirada tan fija en un lunes y que, sin embargo, no deja de alumbrar el resto del tiempo: la eternidad. Leamos otra vez y, acaso, vislumbremos el misterio de esa contemplación de los días, a la que se aferraba el poeta, intrigado siempre por su identidad en el ayer y en el mañana, por el niño y el joven que fue, por el adulto y el anciano que era, por la leyenda y el clásico que es y será. Leamos aquellos versos y permitamos que esa terrible y cariñosa imagen de la eternidad ande y desande el paso de Eliseo Diego por la poesía cubana e hispanoamericana:

La eternidad ignora las costumbres,
le da lo mismo rojo que azul tierno,
se inclina al gris, al humo, a la ceniza.
Nombre y fecha tú grabas en un mármol,
los roza displicente con el hombro,
ni un montoncillo de amargura deja.
Y sin embargo, ves, me aferro al lunes
y al día siguiente doy el nombre tuyo
y con la punta del cigarro escribo
en plena oscuridad: aquí he vivido. ⊕

*Paso es el paso de Eliseo Diego por la
poesía cubana e hispanoamericana.
Difícil encontrar un poeta más respetuoso
de su andar a lo largo de una escritura
de medio siglo.*